

Una Rebelde Indígena Con Causa Lucia Ixchú, Festivales Solidarios Guatemala

Hay un sentimiento especial de armonía y equilibrio que impregna la pequeña ciudad de Totonicapán, Guatemala. Ubicado en un valle verde debajo de las montañas Cuxniquel, Campanabaj y Cerro de Coxóm, Totonicapán es el hogar de una de las poblaciones mayas k'iche' más importantes del país. Es un lugar que durante siglos ha demostrado que los seres humanos y el mundo natural pueden coexistir en armonía entre sí.

Es aquí donde creció Lucia Ixchú. Ella es indígena, al igual que sus padres, y sus padres antes que ellos, y está orgullosa de su herencia. Pero no siempre sintió que encajaba en los estereotipos comunes sobre los pueblos indígenas, especialmente las mujeres indígenas. De hecho, cuando era niña, Lucía era un poco rebelde.

Su primer acto de rebelión se produjo cuando tenía solo cuatro años. Cuando se trataba de actividades extracurriculares, los roles de género en su pequeña escuela comunitaria eran bastante estrictos. Los niños tomaban clases de kárate, mientras que las niñas aprendían a tocar instrumentos, bailar y cocinar. Nadie cuestionó esto hasta que llegó Lucía y decidió darles la vuelta a los roles de género. Cuando le dijeron que no podía asistir a clases de kárate, se acercó a su profesor de música después de la clase y le dijo, simple y directamente, que ella también quería hacer kárate. El respeto su elección. Mirando hacia atrás, ella ve que este fue el momento en que se convirtió en activista. “Desde esa edad, desde ese momento, descubrí que mi opinión importaba, que mi opinión tenía valor y que debía ser respetada”, dice.

Lucía no solo fue la única niña en su escuela que participó en un deporte masculino ese año, sino que fue la primera niña en hacerlo. Recuerda caminar con orgullo junto a los chicos, todos vestidos con trajes de kárate y cinturones, en el desfile comunitario de ese mismo año. Fue su primer acto de rebelión y una señal de lo que vendría para Lucía.

Lucía agradece a su madre y a su padre por enseñarle cómo pensar fuera de la caja y luchar por lo que cree desde una edad temprana. Apoyaron su creatividad, le dieron una educación y le inculcaron una pasión de por vida por el arte y los deportes. Pero también agradece algo más por su despertar político: la música rock.

El rock llegó a su vida cuando tenía 11 años. Le gustaba la música tradicional de su comunidad indígena, pero amaba aún más el rock 'n roll. Podía escucharlo en la radio de vez en cuando, cuando la señal de las ciudades más grandes pasaba por su radio en casa. Escuchó a los Beatles, Rage Against the Machine y al grupo de folk metal español Mägo de Oz. Ella se inspiró especialmente en Mägo de Oz. En 2003, estos rockeros madrileños lanzaron el primer álbum de una trilogía, “Gaïa”. El álbum, que lleva el nombre del nombre latino del planeta tierra, se convirtió en un manual para Lucía.

“En mi propio desarrollo personal, siempre hablo de música, y especialmente de música rock, porque eso fue lo primero en mi vida que me politizó”, dice. “Estos grupos me hablaron sobre la

importancia de proteger a la madre tierra; sobre la diversidad sexual, sobre la importancia de amar a todos por igual; y sobre un montón de cosas que me impactaron a esa edad.

Para Lucía, la música proporcionó una forma de romper los estereotipos sobre las mujeres indígenas mayas. Ella dice que la ayudó a “descolonizar” su mente del pensamiento occidental y comenzar a comprender que ser una mujer indígena en sí misma requería un acto de rebelión contra un sistema intrínsecamente estructurado en su contra. También ganó un nuevo aprecio por la tierra, una tierra que su comunidad había poseído y protegido contra la invasión de otros países durante siglos.

La música seguiría siendo importante para Lucía a medida que creciera, pero ahora adquirió importancia política. Terminó la escuela secundaria y fue a la universidad para estudiar arquitectura. Durante sus estudios se involucró con grupos de activistas estudiantiles y protectores de tierras indígenas. Y el 4 de octubre del 2012, ella y otros estudiantes se unieron a una protesta nacional contra el aumento de los precios de la electricidad, que estaba afectando negativamente a los indígenas mayas pobres, como los de su comunidad. Salieron a las calles pacíficamente y pidieron al monopolio privado de la energía que bajara los precios, pero el movimiento fue disuelto por policías armados. Murieron seis personas y muchas otras fueron arrestadas.

Menos de tres semanas después, la gente protestó por la violenta represión que habían sufrido, rociando con pintura roja el palacio presidencial de la Ciudad de Guatemala. El gobierno volvió a tomar medidas enérgicas y esta vez se detuvo a cinco estudiantes activistas más.

Entre los estudiantes arrestados había amigos de Lucía, compañeros activistas como ella. Fue otro momento que marcó su joven vida y la inspiró a actuar. Sabía que, si quería que sus amigos fueran liberados, tendría que crear conciencia de lo que estaba sucediendo y hacer una declaración en voz alta. ¿Y qué mejor manera que la música?

Ya había organizado una serie de eventos culturales en su comunidad, en torno a temas relacionados con la marginación y criminalización de las comunidades indígenas, y conocía a varios músicos de su época en la escuela. Después de la masacre del 4 de octubre, comenzó a enfocar más sus actividades culturales en la política y a contar tanto su historia como las de otros a través del arte y la música. Se acercó a sus amigos músicos y, uno por uno, comenzaron a ofrecer voluntariamente sus voces y sus instrumentos a la campaña para liberar a los estudiantes activistas.

Junto con dos amigas, Lucía inició Festivales Solidarios (Festivales Solidarios) como una forma de contrarrestar la represión que sentían, así como algunos de los desafíos más amplios que enfrentan las comunidades indígenas de Guatemala. A través de la música, la palabra hablada, la poesía y el arte, lograron generar el impulso necesario para liberar a sus amigos.

Pero Festivales Solidarios no fue solo un evento único. Cada vez que un activista, un estudiante o un periodista se enfrenta a la cárcel simplemente por hablar, Lucía, su hermana Andrea y el resto del equipo de Festivales Solidarios reúnen a artistas y músicos para amplificar las voces de todos.

Y su acción pronto se transformó en algo aún más grande: un movimiento que usa el arte y la música para crear cambios y está creando conciencia sobre una variedad de formas de represión y desigualdad que persisten en todo el país. En 2019, el grupo creó The Panal Project, que se enfoca en encontrar nuevas formas de contar historias de derechos humanos y el uso estratégico de varios medios y plataformas digitales para abordar temas de territorio, memoria histórica y encarcelamiento político. En particular, este proyecto promueve el uso de los espacios públicos para fomentar y entablar un diálogo sobre derechos humanos entre las personas reunidas en parques, calles y otros espacios públicos.

Cada vez más, el grupo también habla y se rebela por la madre tierra: Gaia. “En nuestro idioma indígena la llamamos 'Corazón de la tierra’”, dice Lucía. “Así es como nosotros, como pueblos indígenas, vemos la tierra. Ella es nuestro corazón y nosotros somos parte de ella”.

Guatemala solía ser conocida por su "eterna primavera", pero ahora el clima se está volviendo más impredecible. Las corporaciones internacionales están profanando sus tierras comunales, trayendo industrias extractivas que contaminan el agua y el aire, alterando el preciado equilibrio del ecosistema. y especies de plantas e insectos amenazadoras hasta el punto de la extinción.

A pesar de haber recibido amenazas a su seguridad personal, Lucía sigue siendo anfitriona de los festivales. El gobierno, dice, nunca ha apoyado las fiestas ni a la comunidad indígena, pero no tiene miedo. Ella cree en las causas por las que defienden la protección de la tierra, las libertades civiles y los derechos humanos fundamentales. Y eso le da valor. "No tengo ningún miedo, porque sé que por lo que estoy luchando es lo correcto", dice. "Lo único que temo es la intolerancia".

Hoy Lucía tiene 29 años y trabaja como arquitecta y periodista. "Hasta ahora, el gobierno ha hecho la vista gorda ante la pérdida masiva de biodiversidad en los bosques de Guatemala, provocada por el aumento de las temperaturas, la contaminación y actividades humanas como la minería", dice. Solo en su vida, las temperaturas en los bosques que rodean Totonicapán han aumentado en dos grados centígrados. Las noches se han vuelto más frías y los días más cálidos. Ahora la gente tiene que racionar su preciosa agua, con estrictas regulaciones sobre su uso.

Para Lucía, la mejor manera de resistir estos cambios ambientales es a través de la música y el arte que brinden un mensaje nuevo y esperanzador, uno que ponga las necesidades de la comunidad y el entorno natural por encima de las de las personas con codicia y poder. “Apoyamos un futuro en el que la gente pueda vivir mejor, donde los niños tengan derecho a respirar aire puro y beber agua limpia, donde puedan conocer ríos limpios y montañas llenas de árboles”, dice. “Todo lo que estamos haciendo es por la naturaleza y por nuestro futuro colectivo”.

Lo que más valoro en la vida es poder soñar. Durante mis momentos más difíciles y situaciones complejas, he podido soñar con un futuro más hermoso.

Rigoberta Menchú

Llamado a la acción: Únase a otros miembros de su comunidad para luchar por un medio ambiente más limpio, seguro y sostenible. Inspire a otros a unirse a usted mediante el uso del arte y la música. Apoya a Festivales Solidarios en el trabajo que están realizando:

<https://twitter.com/festivalesgt?s=20>

Stone Soup Leadership Institute
www.stonesoupleadership.org
www.soup4youngworld.com